

LA IDEA DE LA HISTORIA Y LA ESTRUCTURA DINÁMICA DEL SER DEL HOMBRE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE EDUARDO NICOL

Roberto González*

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo la dilucidación de la idea de la historia en Eduardo Nicol. La tematización de este asunto exige la consideración de la idea de que el tiempo posee formas; una vez adquirida esta convicción, el ser del hombre es instalado en el claro de una estructura antropológica enteramente dinámica. La historicidad del ser del hombre se explica como carencia, como dinamismo y como libertad en el horizonte del tiempo. La historia es la forma del tiempo del ser del hombre. Así también, la idea de causalidad histórica sistematiza tres factores indescindibles, a saber: necesidad, libertad y azar.

Palabras clave: Hombre, Ser, Historia, Tiempo.

IDEA OF HISTORY AND THE MAN'S DYNAMIC STRUCTURE, FROM EDUARDO NICOL'S POINT OF VIEW

Abstract

This paper aims to carry out analysis of idea of history in the works of Eduardo Nicol. This investigation has began since fact time. The times have some forms. Each existence has a dynamic form. However, the time in the man's being is transforming. The man's history to comprehend as missing, dynamism and freedom

* Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, actualmente presta sus servicios profesionales en la Universidad Autónoma del Estado de México en la Facultad de Humanidades, sus líneas de investigación son la epistemología, la metafísica y la ética. Ha publicado los libros: *La genealogía del Dolor*, México, 1994. *Retorno a la metafísica, en torno a los límites del logos ante el Ser*, Universidad Autónoma del Estado de México, 2002. *El Rock, la comunicación de masas y la revolución cultural*, Fantasmagórica Ediciones 2003. Coautor de *¿Qué es eso de la filosofía? Razón o embrutecimiento*, Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Humanidades, 2003. Es autor de poco más de cuarenta artículos publicados en revistas nacionales (México) e internacionales.
rushlogo@yahoo.com.mx

in time's horizon. The history is the form of time being man. The history's causing is the union of three factors: need, freedom and random.

Key words: Man, Being, History, Time.

Introducción

En la presente investigación nos hemos propuesto el desglose temático de la idea de la historia, a partir de la estructura dinámica del ser del hombre, en la obra de Eduardo Nicol. El desarrollo del presente objetivo lo hemos articulado en tres partes: en primer lugar, la idea de mundanidad y *physis* del hombre; en segundo lugar, la estructura del cambio en el proceso histórico; y en tercer lugar, noción en torno a la causalidad histórica.

Eduardo Nicol es poseedor de una de las obras filosóficas más importantes en lengua española, sus ideas poseen una profundidad y originalidad relevante. Los dos temas que sobresalen en la obra de nuestro autor son, la cuestión del Ser y la pregunta que interroga por el ser del hombre. A decir verdad, la filosofía de Nicol constituye una especie de organismo sistemático, bien engarzado. Representa una enorme dificultad, para el estudioso, cualquier intento de desglose temático de alguno de sus puntos: la tracción de una pieza repercute en el resto del sistema.

Eduardo Nicol nació en Barcelona en el año de 1907; en 1939 es transterrado a México. En 1940 inicia como profesor ordinario de filosofía y psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Nicol muere el 6 de mayo de 1990 en la ciudad de México a los 82 años de edad. Su vida es el testimonio de una entrega sin reservas a una vocación reflexiva. “Mi esfuerzo, dice Nicol, desde luego, ha sido cuantioso; aunque el resultado (se los confieso) no haya llegado a la altura que yo, en mi temeraria juventud, pude desear. Sí diré que he procurado comunicarles dos cosas: *una fe* y *un método*. Una fe en la razón de verdad, y un sentido del método, sin el cual la mente no produce buen discurso”¹.

Cabe aclarar que la tematización de la historia en nuestro autor se encuentra íntimamente ligada a conceptos tales como el tiempo, la libertad, el Ser, el ente, la *physis*, el acto y el azar. Por esta razón, semejantes conceptos irán apareciendo de una manera frecuente a lo largo del presente. De hecho, la reflexión en torno al ser del hombre se encuentra enmarcada en la meditación del Ser. Es así que el

¹Nicol, “Palabras de agradecimiento” en, Juliana G., y Lizbeth S., eds., *El ser y la expresión*, pp. 29-30, el subrayado es nuestro.

hombre figura como uno de los relieves del Ser. Constituye el relieve por el cual el Ser habla del ser y se vuelve historia.

a) La idea de mundanidad y la physis del hombre

Una de las primeras piezas a través de las cuales Eduardo Nicol realiza su tematización en torno a la idea de la historia consiste en el reconocimiento de que el tiempo posee diferentes formas. Esto puede comprenderse en virtud de que existen diferentes maneras de ser en el tiempo. La forma del tiempo que posee un ente natural, como suele ser una roca o un arbusto, es un tiempo indiferente; pues como es sabido, un arbusto no posee la menor preocupación por sus frutos o verdor de sus hojas; una roca le tiene completamente sin cuidado la región geográfica que ocupe dentro de un bosque o una llanura.

Por otro lado, el tiempo del que se ocupan las ciencias físico-matemáticas posee como característica la mensurabilidad, esto es, puede ser medido o calculado. Hay que recordar que sobre la base de esta idea de tiempo (físico) se levantó el sistema de la mecánica clásica y otros aportes en la ciencia tradicional. Esta idea del tiempo estuvo emparentada con la noción de reversibilidad (del tiempo) e inmutabilidad del ser. Justo por esto se llegó a pensar que mediante el conocimiento de la ley natural (Laplace)² se podría calcular la velocidad y ubicación de cualquier cuerpo en cualquier etapa del tiempo, ya sea hacia el pasado o bien hacia el futuro.

Pese a esto, es importante reconocer que el siglo XX se da paso a nuevas formas del tiempo. Esto lo podemos ver en la teoría de la relatividad, la indeterminación y en la teoría del caos, por mencionar tres ejemplos. Pero es sobre todo en la teoría de la indeterminación y en la teoría del caos donde se rompe con la ideal de un tiempo reversible y con la idea de un ser inmutable. El panorama epistemológico que se nos ofrece es otro completamente, ahora “la

² Laplace decía: “Debemos considerar el estado presente del universo como el efecto de su estado anterior y como la causa de su estado futuro. Una Inteligencia que, por un instante, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la componen, si además fuese lo bastante profunda para someter a éstos al análisis, abrazaría en la misma fórmula a los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y del átomo más ligero: nada sería incierto para ella y el devenir, como el pasado, estaría presente ante sus ojos. El espíritu humano ofrece, en la perfección que ha sabido dar a la astronomía, un pálido ejemplo de esta Inteligencia. Sus descubrimientos en mecánica y en geometría, junto con el de la gravitación universal, lo han puesto en condiciones de abrazar en las mismas expresiones analíticas a los estados pasados y a los futuros sistemas del mundo.” Tomado de, Laplace, Teoría analítica de las probabilidades, en Ludovico Geymonat, Límites actuales de la filosofía de la ciencia, p. 79

ciencia mide mejor sus límites, el conocimiento es interrogado de otro modo. Se admite en adelante que es *imposible* llegar a una descripción absolutamente lógica de la totalidad del mundo... Existe siempre la incompletitud, el sistema formal, implica proposiciones en autorreferencia³. La razón, ante la inconmensurabilidad del universo y la evanescencia de la realidad, al fin admite con humildad sus limitaciones.

Sin embargo, hay que reconocer que la evanescencia de la realidad y la irreversibilidad del tiempo no viene a inhibir la efectiva inteligibilidad del ser; el tiempo no es principio de irracionalidad; es decir, lo que es, no precisa ser inmutable para poder ser pensado en sus diferentes relieves. Pues como dice Nicol: “Lo que es’ es cambio pero no por ello irracional pues también lo que cambia puede ser captado por la razón, porque el cambio mismo es racional, y lo es porque tiene “formas”... El tiempo tiene formas⁴. Se diría más bien que el dato de la evanescencia en la física contemporánea obliga a otro enfoque temático menos pretencioso.

Aquí podemos traer a colación una imagen filosófica que surge justamente en el alba de la misma tradición: el viejo Heráclito decía, “todos ingresamos en los mismos ríos y no ingresamos. Somos y no somos⁵. Lo que es, es en el tiempo, porque el tiempo no puede pensarse sin lo que es. Lo que es y el tiempo son indescindibles uno respecto del otro. Desde luego, el tiempo no es el ser, como tampoco el ser se identifica con el tiempo. El tiempo no existe como ser en sí; todo lo que existe tiene que adjetivarse como realidad tempórea, en tanto que a través de estas existencias el tiempo se esencia. El tiempo no es una cosa; tampoco cosa alguna puede sustraerse al tiempo. Todo lo real es temporal, y en cuanto que todo lo temporal posee forma, es racional. Todo lo real es múltiple y diverso, tanto modal como temporalmente; la realidad nos aparece como una comunidad temporal que puede ser pensada modalmente en sus diferentes relieves⁶.

Decimos que lo real es múltiple y diverso porque semejante concierto se nos ofrece como un dato, como un hecho, es decir, la diversidad de lo existente no es una creación de teoría, sino un dato que amanece ante la razón. Pero lo real, además de múltiple y diverso, como se ha mencionado, es también cambiante, es decir temporal. Justo por esto el autor mexicano-catalán afirma que el tiempo

³George Balandier, *El desorden*, p. 56

⁴Nicol, *La idea del hombre*, pp. 22,24

⁵Heráclito B 49a.

⁶E. Nicol, *Los principios de la ciencia*, p. 369

no es algo sustante, no existe como cosa, lo que existen son cosas concretas que devienen; el tiempo queda de manifiesto en la forma del transcurrir de las cosas. El devenir de las cosas tampoco es una invención de teoría, sino antes bien un hecho de experiencia común. El reconocimiento de estos dos hechos (la pluralidad y la temporalidad de lo real), según nuestro autor, son los que habrán de guiar la reflexión filosófica, inclusive desde su alba más temprana⁷; de aquí que los dos problemas capitales de esta filosofía, sean por un lado la “unidad” de la pluralidad, y por otro la “permanencia” en el cambio, asuntos que representarán a la vez el meollo de la metafísica del autor. Cabe subrayar que esta misma tónica se reproduce en el desarrollo de la tematización del ser del hombre en el horizonte del tiempo.

Ahora bien, antes de abordar la cuestión de la estructura dinámica del ser del hombre, brevemente, hagamos un par de precisiones en torno al ser y el tiempo en Nicol. En primer lugar, cabe mencionar que la reflexión en torno al hombre y la historia, en la filosofía de nuestro autor, se encuentra enmarcada en el claro de una consideración ontológica, en donde el hombre constituye uno de los relieves del Ser. Asimismo, en la filosofía de nuestro autor, el Ser ha recuperado su esencial dinamicidad en todos sus horizontes, de tal suerte que éste se ha vuelto completamente dinámico. Esta dinamicidad, junto con la integración del ser del hombre en todas sus partes y funciones, constituirán las pautas para que finalmente el Ser sea trastocado en un fenómeno asequible en tanto que objeto de visión.

Ahondado un poco en la idea de la unidad del ser del hombre, nuestro autor se instala en el horizonte del conocimiento para afirmar que la percepción de cualquier objeto implica el concurso entero del ser del hombre. Así también, la reflexión más abstracta implica el concurso de todas las partes cognitivas de éste. “De suerte que —dice Nicol— la llamada percepción sensible de un objeto es en realidad una operación compleja, para la cual se requiere el concurso integrado de facultades que la psicología solía considerar como distintas y separadas”⁸. Justo por esto, agrega: “la unidad está dada ya en la experiencia inmediata, y no ha de ser resultado de una recomposición hipotética... constituye una unidad que no puede desarticularse”⁹.

⁷ Nicol afirma que “*la temporalidad de lo real*” y “*la unidad y comunidad de la razón*” constituyen dos principios originarios de la ciencia. La palabra “principio”, para nuestro autor, significa a la vez el comienzo y fundamento. Es así que estos principios no son una construcción de la razón, sino el fundamento donde la actividad simbólica de esta última descansa. Cfr. Nicol, *Los principios de la ciencia*, pp. 369, 372.

⁸ Nicol, *Metafísica de la expresión*, nueva versión, p.143

⁹ Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*, pp. 68-69

Ahora bien, la temporalidad debe explicarse desde el ser mismo, en cuanto que el devenir debe concebirse como la forma de cierta manera de ser. El devenir acontece en el Ser, puesto que este último constituye la única realidad concebible. Y como el devenir de lo que es se ha erigido en un dato sobre el cual se levanta la posibilidad del conocimiento, luego entonces, el devenir siendo un dato de experiencia común constituye el principio mediante el cual el Ser se amalgama en sí mismo, reafirmando con esto su asequibilidad fenoménica.

Hay que afirmar de una vez que para nuestro autor Ser y realidad son una y la misma cosa¹⁰. Desde luego, hay que reconocer que la tematización de esta equiparación entre el Ser y la realidad nos llevaría muy lejos, y nos apartaría de nuestro objetivo. Baste mencionar que en nuestro autor el Ser es uno y su estructura se encuentra amalgamada por el devenir. El Ser está en el ente, pero no se agota en un ente en particular. La nota que distingue el Ser, con mayúsculas, respecto del ente, ser con minúsculas, es justamente la necesidad o bien la contingencia de su existencia. Aquí cabe acotar que sólo el Ser es necesario en cuanto que absoluto.

Así, pues, el filósofo catalán se plantea la siguiente cuestión: “¿Cuál es la razón suficiente del cambio, del ser [con minúsculas] y del devenir?”¹¹. Ninguna existencia posee intrínseca necesidad, posee más bien su intrínseca contingencia, la cual deriva radicalmente del “absoluto”. Lo contingente no puede explicarse sin el absoluto, y este último a su vez sin lo contingente. Todo lo que es, existe porque es “posible” y, en tanto posible, contingente. Otra nota que distinguiría el ser contingente respecto del Ser (absoluto) sería justamente que el primero ha venido a ser y sin duda algún día dejará de ser; mientras que el absoluto no ha venido a ser ni ha sido producto de una posibilidad: es eterno y necesario. Se diría que lo contingente es lo común y universal en todo lo que existe bajo el modo de la determinación. Por contraste, el absoluto constituye el horizonte ontológico para la existencia del ser contingente. Una consecuencia, o nota preeminente, de esta contingencia en el ser es el “cambio”. La necesidad en el ser contingente es su “caducidad”. El devenir es atributo formal de toda existencia, esto se explica apelando a la absoluta necesidad del Ser. Es decir, la razón por la cual el ente, que es el ser bajo el modo de la determinación, cambia o deviene, radica en su esencial contingencia. Al respecto el autor nos comenta: “Diríamos que el devenir es la

¹⁰ Cfr. Rush González, *Retorno a la metafísica, en torno a los límites del logos ante el Ser*, Eduardo Nicol, p. 77ss

¹¹ E. Nicol, *La idea del hombre*, nueva versión. p. 63

insuficiencia puesta en marcha: la limitación del ente no es meramente periférica, sino razón interna del dinamismo”¹².

Uno de los matices interesantes de la ontología de nuestro autor, sale a relucir precisamente en este escenario, ya que se nos muestra la indestructible correspondencia, tanto ontológica así como lógica, entre lo contingente y lo absoluto. Uno y otro, no se dan por separado, sino cohesionadamente en cada momento. El Ser aparece en el ente, en tanto que el ente es, sin más, la carta de presentación del Ser. El Ser no se da más allá de los entes, ni el ente se explica sin el Ser, pues es este último quien determina al ente a ser lo que es. Esto nos da la imagen de una realidad cohesionada, pues como se ha mencionado, para el autor no hay dos realidades adjuntas, como antaño se pretendió, donde una era sensible y la otra inteligible, solo hay una realidad y ésta es el claro donde nos movemos y vivimos, la cual es sensible e inteligible a la vez.

En el cuadro ontológico que Nicol nos presenta aparecen “positivamente” unidos el Ser, el ente y el devenir. “El ser (el ente) y el devenir, la unidad misma es real; la posibilidad consiste en reconocer que el absoluto sólo puede dar razón del cambio si está presente en lo que cambia”¹³. El Ser y el ente no son entidades separadas, sino una “unidad” en el cambio. El Ser no está oculto detrás de los fenómenos, por el contrario, puede adjetivarse como el “absoluto” precisamente porque está en todo. Se encuentra intensivamente presente en todo lo que es y porque fuera de éste no hay nada: el absoluto es el Ser. De esta manera la pregunta que interroga por la razón suficiente del devenir tiene que coincidir con la respuesta de la pregunta que interroga por el principio o fundamento de la existencia del ser contingente, esto es, el Ser.

Ahora bien, partiendo de la idea de que el tiempo posee formas preguntemos, ¿cuál es la forma del tiempo en ser del hombre?, es decir, ¿qué forma adquiere el tiempo en el hombre? Resulta evidente, como se ha mencionado más arriba, existen diferentes formas de ser tempóreo. “El problema es el modo como el cambio afecta al ser”¹⁴. Todos los entes cambian, desde luego, pero el único ser de acción es el hombre. Esto quiere decir que las acciones de este ser no lo dejan inmune, en tanto que la producción de cualquier acto representa un cambio en el productor. Y a decir verdad, esta manera de cambiar representa el modo particular de la temporalidad del

¹²Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, p. 218

¹³ Nicol, *La idea del h...*, nueva versión, p. 71

¹⁴ Nicol, *Crítica...*, p. 104

ser del hombre, en tanto que a través de ésta se pone de manifiesto que el hombre es, ante todo, un ser de acción; esto es, sus cambios se entienden literalmente como una transformación.

A esta forma de esenciar el tiempo habrá que adjetivarle con el nombre de historia, en tanto que comprende el tiempo de una acción. Es así que para nuestro autor “la historia no es sino la forma específica que toma la temporalidad del ser, en ese orden ontológico particular que constituye el hombre y todo lo humano”¹⁵. Esto es, la forma propia del tiempo del hombre es la historia.

La historia nace en el tiempo, pero no en una fecha determinada, sino conjuntamente con el hombre, el cual emerge, por así decirlo, constitutiva y antológicamente “libre”. Esta libertad se explica por la condición insuficiente en el ser del hombre. La insuficiencia es nota constitutiva de este ser que tiene como consigna darse a la búsqueda de ser más cada vez. La condición libre de éste amanece tan pronto se revela que “el ser del hombre es modal... sólo el hombre tiene modos de ser”¹⁶. Esta libertad al temporizarse gana, por así decirlo, el tiempo para sí, o sea lo convierte en un tiempo cualitativo o vital.

Histórico, dice el autor, es aquel ser que “puede” sobreponerse a la naturaleza, a saber, el ser del “sentido” que quiere decir poseer más de un sentido. La naturaleza es como es y no puede ser de otra manera, su ser es necesario, no tiene alternativa. Por esta razón la naturaleza no tiene ni puede ser nunca constitutivamente histórica. La naturaleza está regida por la necesidad de la ley precisamente natural, mientras que el hombre tiene que darse a la tarea de trazar su propio camino con lo que le fue dado. El hombre, por ser constitutivamente libre en su ser, sobrepasa a la necesidad natural, y este rebase constituye propiamente el horizonte de la historia.

La historia, como ya se dijo, no nace en una fecha determinada, sino “en” y con el hombre. Ser hombre es ser modalmente menguado. La historia, para nuestro autor, no nace con la “palabra” como en algún momento lo aseveró Heidegger¹⁷, sino aún antes con el “lujo”¹⁸ de la búsqueda de completitud en el tiempo. Para entender un poco esto diremos que el hombre emerge como un ser constitucionalmente mermado, no obstante, por ser mermado se erige en un ser posible, o sea un ser de posibilidades: libre; es, desde el origen, potencialmente una búsqueda inminente.

¹⁵ Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 227

¹⁶ Nicol, *Idea del hombre*, p. 30

¹⁷ Cf. M. Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, p. 130ss

¹⁸ Nicol, *La vocación humana*. p.274ss

Cuando el hombre adviene a la existencia, adviene incompleto y al mismo tiempo abierto al ser. La insuficiencia ontológica se encuentra en la base de esta tarea hacia la búsqueda de complemento ontológico con nuestros semejantes. Desde luego, el desarrollo de esta tarea se realiza en el horizonte del tiempo. Se diría que el hombre puede cumplir con esta consigna en virtud de que se entiende como un ser posible que está *abierto y arrojado al tiempo*. Tiempo y libertad, en esta ontología, se explican recíprocamente. El tiempo del hombre es el tiempo de su libertad y, a su vez, la libertad del hombre se explica justamente desde esa apertura al tiempo.

La posibilidad es susceptible como un advenir a ser en la determinación propia del ser humano. En suma, el hombre es ya un ser que actúa en tanto que libre. Y precisamente el actuar constituye el claro en el cual coinciden dos categorías fundamentales en la filosofía de la historia que propone nuestro autor, a saber, la *physis* y la praxis. Cabe subrayar que la tematización de estas dos categorías nos permitirá la radiografía de la estructura dinámica del ser del hombre y la teoría de la mundanidad.

Aclaremos que todo acto humano es en realidad praxis, mientras que todo lo no humano, o lo allende a lo humano, es *physis* (existen dos acepciones de este último término, uno es el enunciado, y el otro que la entiende como el conjunto de características propias de un objeto o ente). Toda praxis se hace siempre en relación con la *physis*; entre esta última y la primera no existe una identificación cualitativa, no obstante, existe una relación indestructible.

La *physis* como medio natural o “tierra” para la habitación del hombre no es propiamente “mundo”. El mundo no es algo dado previamente para la vida al hombre, sino que éste por su praxis hace de su espacio natural gradualmente su morada propia y común. “El mundo es producto del trabajo por los hombres”¹⁹, el mundo es *póiesis* del ser del hombre. Éste, con su dedicación y esfuerzo, transforma la tierra en un espacio habitable, y al irlo forjando, va asimismo construyendo el mundo propiamente. De esta manera, el mundo adquiere la cualidad de morada propia del hombre por la praxis.

La transformación de la tierra en mundo, llevada a efecto por el hombre será, sin embargo, por la misma naturaleza del acto o de la praxis, una operación “conjunta” o intersubjetiva e interactiva con la *physis*. Cada uno de los hombres, por así decirlo, habrá de poner su granito de arena para la edificación de esta morada común, compartiendo entre todos precisamente una común responsabilidad, ya

¹⁹ Nicol, *La reforma de la filosofía*, p. 129ss

que, como dice el autor, “ningún hombre es ajeno a nada de lo que sucede en el mundo”²⁰. El mundo es mío porque es de todos, y es de todos porque es también mío, y nada de lo que sucede en éste me es indiferente o ajeno.

La interacción entre *praxis* y *physis*, representan asimismo una ocasión para entrelazar el nexo temático entre la naturaleza y la libertad. Y una vez más el autor mexicano-catalán lleva a efecto una interrelación de ambas sin tener que contraponerlas; muy por el contrario, podría decirse que logra más bien reunir las e integrarlas correlativamente. La *praxis* tiene como condición de posibilidad a la *physis*, en tanto que esta última puede ser recreada y cuidada por la *praxis*.

El mundo es una recreación comunal y conjunta. En este sentido, el hombre habita en un mundo que ha sido construido comunalmente con los demás, transformando la *physis* mediante la *praxis*. Puede decirse que el mundo es uno y el mismo para todos, es decir, no hay dos mundos, sino uno solo, el cual es resultado del concurso de todos los esfuerzos. Cada acto en particular, de cada uno de nosotros, repercute de alguna u otra manera en el contexto de este mundo, porque no hay acto que se lleve a efecto sino en el mundo y para el mundo. Cada acto, por más personalizado que sea no divide ni disgrega la unidad del mundo, por el contrario, efectúa de suyo la reunión e integración real entre los hombres, es decir entre el mundo. Esto, desde luego, exige un cuidado y atención personal, en tanto que cada acto habrá de repercutir en todo nuestro entorno. El hombre es producto de sus acciones, el mundo también es producto de las acciones de los hombres.

De esta manera, podría también afirmarse que desde que cada hombre es arrojado al mundo, está ya previamente *comprometido*, es decir está obligado a actuar o a realizar su ser en tanto apertura en el tiempo. El viejo Heráclito decía “la libertad es el destino del hombre”²¹. Y Nicol ahora, reavivando dicha aseveración, dirá que el hombre está comprometido consigo y con su mundo para ejercitar y realizar responsablemente sus posibilidades.

Esto es lo que constituye *grosso modo* la teoría de la “mundanidad” en Eduardo Nicol. Esta idea da albergue y al mismo tiempo sirve como testimonio fehaciente del ser “práctico” del hombre. El puesto de este último no le ha sido asignado de una vez, sino que tiene, por su *praxis*, que irlo hallando de tiempo

²⁰ *Ibidem*, p. 137

²¹ Heráclito B 119

en tiempo, el hombre es producto del hombre, y la historia es el tiempo de esta búsqueda, el tiempo de su locación en el mundo por su praxis²².

El hombre es el ser de la praxis y toda praxis es un quehacer, el ser del hombre es un ser que se hace, o sea, se edifica y construye. El hombre se construye en su praxis; su ser ontológicamente está involucrado con su hacer. En suma, en el hombre el ser y quehacer son una y la misma cosa. El hombre es lo que él mismo hace. Toda praxis, antes de transformar a la *physis*, transforma al ser “prácticamente”, pensar el mundo es transformarlo; pero quien primero sufre la transformación de este pensamiento es el ser pensante, por esto en la ontología del hombre que dibuja Nicol el ser y el quehacer de éste están estrechamente implicados. Finalmente, podríamos acotar el presente inciso con las palabras del autor afirmando que “*la praxis es la physis del hombre*”²³. Entre las consecuencias de una proposición como esta está el reconocimiento de la dinamicidad histórica de la *physis* por la praxis. En el hombre la *physis* se vuelve histórica.

La estructura del cambio en el proceso histórico. El problema de la permanencia y el cambio en lo humano

Dice Nicol, rememorando a Heráclito: “todo cambia menos la ley que rige el cambio”²⁴, esta ley no cambia justamente porque permite el cambio de lo que cambia, y al soportar el cambio gana su no-cambio. Heráclito decía: “Al cambiar reposa”²⁵; esta proposición, indudablemente, hace referencia a la ley del cambio. Todo cambia en el orden de lo real con necesidad absoluta excepto la misma ley; esto es, lo único permanente en el orden de lo real es el cambio mismo. Pues hay que entender que lo que cambia, siempre deviene con orden y medida.

La pregunta que interroga por la razón del cambio de las cosas, el autor mexicano-catalán la responde apelando a la naturaleza contingente del ente. Es decir, todo en el orden de lo real deviene en virtud de su insuficiencia. El devenir y la insuficiencia del ente constituyen un hecho, y la razón del porqué de este hecho radica precisamente en que ningún ente en cuanto tal es necesario ni suficiente. La esencial insuficiencia propia del ente es la razón interna del dinamismo.

²² Nicol, *La primera teoría de la praxis*, p. 11

²³ Nicol, *La reforma...*, p. 121

²⁴ E. Nicol, *La idea...*, nueva versión. p. 41

²⁵ Heráclito B 84

Cambia el mineral lo mismo que el vegetal o el animal y el hombre mismo también. Sin embargo, pese a esta radical contingencia, el cambio no acontece de la misma forma en la naturaleza que en el hombre: de lo que se trata, dice el autor, es de distinguir la manera en que el devenir afecta el ser, pues en todos los seres no se esencia el tiempo de la misma forma. El tiempo, dice Nicol, en el ser del hombre adquiere cierta peculiaridad, de tal manera que “la ‘forma’ es una constatación del ser, no obstante, la forma en y del hombre es de tal suerte que se transforma”²⁶.

Decir que todo se transforma a excepción de la ley que rige el cambio, es estar afirmando que el fluir de las cosas no acaece sin racionalidad, sino que todo al cambiar mantiene una regularidad. Todo lo que deviene acontece conforme a razón. Heráclito había dicho que “lo común a todo es la razón”²⁷, o sea lo común en la pluralidad de lo que es, es precisamente la intrínseca racionalidad. El cambio del ser no torna a éste en algo irracional.

Todo cambia según razón y contingencia, ninguna existencia es indispensable o necesaria, todas son posibles, pero una vez instaladas en el tiempo ocuparán cada cual su lugar en el medio, la posibilidad desaparecerá con el arribo a la existencia; no obstante, la posibilidad persistirá en el horizonte del ser del hombre, el cual no se atiene a la pura necesidad como en el caso de un vegetal. La naturaleza en general una vez instalada en el tiempo carecerá por completo de “posibilidades”. Ella es en sí misma algo completo en movimiento; mientras que el hombre, por el contrario, es un ente condenado a recorrer existencialmente los confines de su ser.

La *physis* y la *praxis*, como se ha visto, constituyen dos órdenes en lo real, la primera es ahistórica, mientras que la segunda es histórica. Ambas comparten en común el devenir, pero la forma de este devenir en cada una las “distingue” por lo mismo que las reúne. En el proceso de cambio de cada una de ellas se suscita asimismo la *permanencia*, la cual para la primera vale, por así decirlo, como una especie de aval de “reiteración” en su ser completo pero cambiante, mientras que en la segunda le vale como testimonio fidedigno de su “mismidad”. Hay que aclarar que la mismidad no se entiende como identidad, idéntico es aquello que se sustrae al tiempo, mientras que la mismidad es una cualidad que se va adquiriendo y ganando sólo en el tiempo.

En torno a la distinción entre el tiempo de la naturaleza y el del hombre nuestro autor comenta: “En la naturaleza, que es ser cambiante, lo permanente

²⁶ Nicol, *La agonía de Proteo*, p. 5.

²⁷ Heráclito B1.

es la forma del cambio. Por esto su devenir es previsible... En el ser vocacional [el hombre] el devenir es la forma: la forma de ser es la constante renovación. El cambio de este ser es la historia... no es un cambio previsible”²⁸. Un rasgo distintivo entre lo humano y lo no humano es que en lo no humano resulta posible el establecimiento de leyes que permiten la predicción, mientras que en lo humano el devenir mismo es la forma, esto complica e inhibe la posibilidad de una estricta predicción de los fenómenos humanos. El hombre por naturaleza es impredecible. Por esto mismo, el autor dirá que la noción de “ley histórica” habrá de utilizarse con ciertas restricciones, ya que en el orden de lo histórico muy poco caben las predicciones, precisamente por la ambigüedad peculiar y exclusiva del cambio en el ser del hombre.

El devenir del ser del hombre se da a través y en cada acto, que cabe también llamar, acto histórico, acontece estructuralmente con una serie de relaciones cuyos polos son inalterables, pero en el acto de definición de cada relación se torna multívoco. El hombre, dice Nicol, puede relacionarse con el prójimo, con la naturaleza y con los dioses²⁹. Este “trinomio” de posibles relacionados es siempre el mismo respecto al hombre. Este último, siempre vive en relación vital, y sólo puede relacionarse con el prójimo, con la naturaleza y la divinidad, estas alternativas son las únicas y constantes posibles; pero el “modo” o manera de definir cada relación en cada situación es siempre distinta y única para cada individuo. Y este es el modo y la manera de cómo cada sujeto se torna y se mantiene singular, a saber, la manera de estrechar y de definir en cada caso sus relaciones. Todos lo hombre están obligados a relacionarse, es decir, a ser seres de relación, pero el modo de definir en cada momento y en cada situación su estar relacionado es único, exclusivo e irrepetible. De esta manera es como cada individuo se va singularizado en la vida.

Todo acto es una relación en situación. Asimismo, todo acto es histórico porque deviene humanamente en el tiempo. En suma, todo acto es un cambio histórico, precisamente porque todo cambio histórico es un acto. Ahora bien, para comprender en detalle este cambio, que vale también decir “proceso histórico”, tiene que realizarse una pequeña, por así decirlo, radiografía de la fisonomía del acto mismo, bajo la luz del pensamiento de nuestro autor.

El autor ha intentado exponer con lujo de detalle la fisonomía de la estructura del cambio (o acto) y proceso de la historia. De esta manera nos dice que en todo

²⁸ Nicol, *La reforma...*, p.187

²⁹ Cfr. Nicol, *La idea del h...*, nueva versión, p. 29

acto se involucran de una forma dialéctica “la necesidad”, “el azar” y “la libertad” (sobre estos tres elementos hablaremos más adelante). La necesidad es lo dado como condición de nuestro ser y no depende de nuestra voluntad, esta necesidad llega a nosotros de una manera externa pero también puede operar de una manera interna —la necesidad biológica de nuestro cuerpo, como son sus necesidades fisiológicas, tipo de sangre, etc., representa la manera interna de la necesidad en nuestro ser. Así también, el pasado que nos alcanza y que no depende de nuestro arbitrio, constituye la necesidad que nos afecta y que llega a nosotros de una manera externa—. Los otros dos factores implicados en cada acto son, el azar, el cual puede entenderse como lo imprevisto; y la libertad, la cual, como se ha mencionado más arriba, es el horizonte abierto para el despliegue del ser.

Todo acto se da condicionado tanto por la necesidad natural como por el pasado irremediable de nuestro presente; sin embargo, el hombre no se atiende sólo a esta necesidad, sino más bien a partir de esto dado es desde donde se despliega ese “lujó” buscador de los confines de su ser mediante la praxis. En toda acción se da una promoción positiva del sujeto; esto quiere decir que en toda acción, el sujeto participa afectiva y activamente de sus transformaciones. “El hombre aparece ahí como causante y como receptor a la vez: es el efecto primero de esa causa que es su propio acto”³⁰. La transformación que se opera en el ser del hombre no le viene ni le es impuesta desde “afuera”, sino que es promovida por su misma iniciativa. El ser del hombre no consiste sólo en “ser”, sino también en “poder ser”. En torno a esto Nicol afirma: “La verdadera clave del proceso radica en una relación dialéctica, la que se establece entre esa causalidad natural, que es necesaria y la causalidad eficiente de la acción propiamente humana... esta integración dialéctica de la libertad y la necesidad”³¹.

El proceso y cambio histórico se explica por esta relación dialéctica entre necesidad y libertad. La necesidad es, por así decirlo, la plataforma para la libertad a propósito del modo en cada relación. El hombre cambia con cada uno de sus actos, pero este cambio no significa “olvido” del pasado, sino más bien su integración en el presente. Toda experiencia es presente, pero no hay presente sin pasado, como tampoco existe un presente sin proyección al futuro. Pasado y presente se encuentran integrados en el presente de cada acción: el pasado queda integrado, en cuanto que constituye la condición del ser actual; así también, el futuro queda anclado al presente en cuanto que toda acción ha venido a ser posible en el claro

³⁰ *Ibidem*, p. 31

³¹ *Ibidem*, p. 32

de ese abanico inagotable de posibilidades. Toda acción posee un sentido, es decir, posee una intención.

Nicol dice: “La historia es ‘herencia’ y ‘transmisión’, esto es, liga, continuidad, sobrevivencia temporal. La historia tiene una estructura dialéctica por la cual el cambio implica y produce por sí mismo la permanencia, la continuidad, la unidad y la mismidad en el tiempo”³². La unidad histórica procede a la diversificación modal de las relaciones del hombre con lo otro. El pasado (ya) no es, el futuro (aún) no es; ambos momentos del tiempo quedan integrados en el presente. El no-ser, en el autor, no es negativo sino positivo, le pertenece ontológicamente al ser; en el hombre el no-ser es su pasado como “sido” y su futuro como “ser aún no sido”, que no es en acto, sin embargo, este no-ser se integra en la estructura del ser del hombre a propósito del tiempo presente; es decir, el presente del hombre contiene íntegramente tanto el pasado tanto como el futuro. Acerca de esto Ortega ya decía que “el hombre es lo que le ha pasado y ha hecho”³³. Nicol asiente y completa la idea diciendo que el hombre es uno con sus posibilidades y sus hechos; en la obra del autor catalán no caben las disgregaciones ni las rupturas en la secuencia de la historia. La historia, ciertamente es vivida por cada uno, pero se forja “comunalmente”, por esto aquélla es una unidad que se gana con el tiempo.

En la concepción de Nicol, como se ha mencionado, no hay tensión entre el tiempo pasado y el tiempo futuro; sino una *integración* en el presente. Por esto la historia simultáneamente es una herencia, una transmisión y una innovación, es decir, una asimilación de lo “pasado” otorgada a su vez al latente “porvenir” que se va traduciendo en “presente”. No obstante, el autor todavía más radical nos permite columbrar una conclusión aún más extrema, basada en la idea de la imposible desarticulación o fragmentación de la historia, a saber: el presente de cada individuo contiene el pasado completo de toda la humanidad, el cual será a su vez transmitido en calidad de legado al otro en la subsecuente generación para mantener la “tradición” y así reafirmar la unidad de la historia. De esta manera podría afirmarse que cada hombre es el resultado y producto de toda la historia, en tanto que esta última resulta indesarticulable. Cada hombre es resumen y síntesis de toda la historia.

La historia es una unidad que se reafirma con el tiempo, pero lo es también porque es producto de la insuficiencia constitucional del hombre que es común, y

³² Juliana González, *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol*, p. 8

³³ J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, p. 55

por la cual éste se ha vuelto un diálogo. La historia es unidad porque es un “diálogo”, este diálogo es lo que permite estructurar la secuencia de la tradición. En torno a esto último nuestro autor afirma: “la actualidad ajena, sea pasada o presente, se abarca y se entiende como posibilidad propia. Sólo con esta apropiación puede establecerse diálogo con los contemporáneos, y mantenerlo con los predecesores”³⁴. La historia es un diálogo integral y unitario pero incompleto, y esto debido precisamente a que el hombre en su ser no es completo. Y de aquí la necesidad de los contemporáneos de volver la vista al pasado para actualizarlo y luego transmitirlo a los que vienen.

La historia es un cambio consecutivo, esta transformación nos permite avizorar una suerte de permanencia en el mismo proceso de la historia. El cambio constante en la historia da de sí su permanencia. Esta permanencia es producto de la evanescencia de los actos humanos; la permanencia adquiere en cada singular la modalidad de mismidad.

El hombre, a diferencia de cualquier otro ser, puede ganar para sí en el proceso de su devenir y cambio temporal su “mismidad”. Las cosas son como son y no poseen alternativa. La mismidad es una “cualidad” que se va adquiriendo o ganando por las distintas situaciones y relaciones vitales. Mismidad no quiere decir “identidad”, sino permanecer mismo en tanto praxis y acto histórico, el ser del hombre es el mismo pero nunca idéntico. Este, como ya hemos apuntado, cambia integralmente en cada acto suyo, pero precisamente por esto adquiere para sí mismidad: “la mismidad es la continuidad en la mutación...el hombre...es el mismo siempre porque nunca es el mismo”³⁵.

Para Nicol no representa ninguna dificultad teórica la conciliación entre la permanencia y el cambio: “Las mutaciones humanas no se explican sin una permanencia radical: sólo se puede hablar de cambio refiriéndolo a algo que sigue siendo lo que es, mientras cambia”³⁶. En el ámbito de lo humano, la permanencia explica el cambio, y viceversa. La razón de la mismidad o permanencia en el ser del hombre es su transformación en el cambio mismo. El hombre siempre es otro sin dejar de ser mismo, o más bien, permanece el mismo porque siempre es otro.

³⁴ Nicol, *La idea del h...*, nueva versión. p. 28

³⁵ Nicol, *La agonía...*, pp. 56, 118

³⁶ Nicol, *La idea del...*, nueva versión, p. 16

Una palabra en torno a la causalidad histórica

La noción de causa se entiende como aquello que da de sí o que produce alguna suerte de efecto. Todo lo que es debe su ser a algo, nada en tanto contingente es causa de sí mismo, toda existencia nos remite a algo mayor. ¿Cuál es la razón suficiente del ente? Nicol dice: “Todo es ser: el ser es la razón de todo ser”³⁷. El Ser (con mayúscula) es la causa de todo ser, el Ser es absoluto y eterno; y constituye el horizonte ontológico donde lo que es ha venido a ser y, conforme al tiempo, también dejará de ser.

Sin embargo, no procede ni opera de la misma manera esta causa en todos los relieves de la realidad, pues como ya lo hemos señalado, existen en el Ser dos ámbitos, uno es el ámbito de lo humano, y el otro, el de lo no-humano, o sea, la *physis*, en donde la causa es activa y en algún grado reiterativa, pero no es cualitativa o intencionada. El cambio en la naturaleza le viene prescrito por una ley natural, que quiere decir necesaria e irremediable. La causalidad natural es la necesidad, aunque esto no quiere decir que en la necesidad de ésta estribe su racionalidad. Una misma causa puede producir muchos y muy variados efectos, la causa es necesaria en tanto que indispensable al efecto, pero no en la vinculación unívoca o invariable respecto a la homogeneidad de un efecto³⁸. Racionalidad no quiere decir necesidad, la racionalidad no implica la necesidad. El ser ya de sí es racional porque deviene con orden.

Leucipo decía, “nada sucede al azar, sino que todo sucede según razón y por necesidad”³⁹. Nicol, por el contrario, dirá que en todo acontecimiento, ya histórico, ya de la naturaleza, existe cierto dejo de presencia del azar. Pues para nuestro autor la causalidad en la naturaleza no se encuentra reducida exclusivamente a la pura necesidad, sino también a cierta suerte de azar. La naturaleza ciertamente es necesaria pero no excluye tampoco la realidad del azar. En ésta nada sucede por puro azar, pero tampoco por pura necesidad. En la naturaleza todo acontecimiento se suscita por necesidad con vistas al azar, o sea por la cooperación entre la necesidad y el azar. Esta interacción entre la necesidad y el azar se ha podido constatar sobre todo en el moderno estudio de la biología y en las estructuras disipativas.

Ahora bien, por lo que toca al ámbito de lo humano, como ya se ha señalado, el ser del hombre no se constriñe al puro ámbito de la necesidad, sino que además,

³⁷ *Ibidem*, p. 75

³⁸ Nicol, *Los principios...*, p. 98

³⁹ Leucipo B 2.

y ante todo, es libertad. Esta categoría de libertad es la que permite un rebase y una sustracción al horizonte de la necesidad: la libertad es apertura. El acto no es impuesto por la necesidad, sino modulado en lo abierto de la libertad. El acto no viene compelido por la necesidad, sino que en éste además se da cierta participación o promoción del sujeto en tanto que libre. Este acto es una transformación del ser actuante y, por esto mismo, es un cambio histórico. El ser del hombre es histórico, pero ¿por qué es histórico? Porque es un ser limitado. Obviamente la limitación originaria sola no es causa eficiente de la historicidad del hombre. La limitación hace que éste “busque” más ser, pero este “quehacer” no es llevado a efecto sólo por la limitación. La limitación ciertamente puede enmarcarse en el cuadro de la causalidad histórica en tanto que constituye uno de los elementos indispensables de la necesidad; la limitación ontológica ciertamente es necesidad. No obstante, hay que reconocer que esta necesidad, si bien es necesaria, no es clausurante de posibilidad, por el contrario, esta necesidad (limitación ontológica del ser del hombre) constituye la plataforma sobre la cual se sustenta la posibilidad de la historia, en cuanto que esta última puede entenderse como el tiempo del despliegue de la libertad.

La causalidad histórica es compleja, y para dar con ella se tiene que considerar primeramente el esquema del “acto”, ya que la historia, por así decirlo, se eslabona mediante el concierto de los actos. “¿Cuáles son los factores de la acción’ —Nicol dice que son— el carácter, el destino y el azar”⁴⁰, o más bien la necesidad, la libertad y el azar. En todo acto posible están presentes de hecho estos tres factores: la *necesidad* como el conjunto de todo lo dado o plataforma y condición de la misma posibilidad de acción. Asimismo, encontramos de suyo la *libertad* como esa “promoción” emergente desde el interior del ser respecto a la condición y *physis* exterior que contorna el ejercicio de cada uno de los actos del hombre. Y finalmente el *azar*, éste puede entenderse, de entrada, como aquello inesperado o imprevisto en el mismo proceso de la historia.

La necesidad, la libertad y el azar están presentes en todo proceso de la historia, pues la libertad no puede darse aparte de la necesidad y ésta a su vez cerrada al azar. El hombre es necesidad y libertad en su ser, y el azar es un acontecimiento que acaece en el proceso mismo de la factura del ser.

Dice el autor mexicano-catalán que “la experiencia nos enseña que ni la necesidad, ni la voluntad, ni ambas conjugadas, son suficientes para determinar

⁴⁰ Nicol, *La idea del...*, nueva versión, p. 30.

los resultados⁴¹. No todo lo que ocurre en la historia es por necesidad, ni tampoco acontece por voluntad o libertad, sino también por azar. Y es precisamente aquí y de esta forma como el autor incorpora el azar al proceso de la historia, que por cierto ya venía concibiendo como un juego dialéctico entre la necesidad y la libertad, y ahora además también con el azar. El azar está presente en cada momento y acontecimiento de la historia, muchos de los hallazgos universales se han debido al azar, pensemos, por ejemplo, en el descubrimiento de América, en el descubrimiento del radio y la penicilina.

La causalidad histórica, según Nicol, no se explica por la pura necesidad, ni la pura libertad, ni el azar: “la causalidad [de la historia] consiste en una cooperación concreta de los tres factores⁴², (y a esto se refiere cuando afirma que la causalidad histórica es compleja). La implicación entre la necesidad, la libertad y el azar, desde el punto de vista de nuestro autor, constituyen propiamente la causalidad histórica.

Ahora bien, hemos apuntado las razones por las cuales tanto la necesidad como la libertad de suyo son causas de la historicidad propiamente (pues la historia tiene una causa natural que es la necesidad, y otra sobre-natural que es la libertad). Réstanos solamente explicar la razón por la cual el autor insiste en la idea causal del azar. ¿Por qué el azar puede ser también entendido como causal, y cómo se integra éste en el cuerpo propio de la causalidad histórica?

Como ya hemos apuntado, el azar en el ámbito de lo humano, es un acontecimiento que se suscita en el trayecto de la factura del ser del hombre, aquél está presente en cada uno de los distintos actos en la historia, a tal grado que resulta, en cierta manera, indispensable en este decurso. La historia, de suyo es imprevisible, de tal suerte que esta imprecisión en el transcurso del tiempo del hombre es lo que da la pauta para la posibilidad sistemática del azar en la causalidad histórica. En torno a esto el autor nos dice: “La necesidad del azar en la existencia humana proviene de las causas necesarias que intervienen en el suceso, y además consiste en la inevitable frecuencia con que se produce, es una constante. Su racionalidad se avizora en esta constancia. . . más que frecuente sería factor constituyente [de la misma causalidad histórica]⁴³. El azar está constante en cada acto, esta regularidad lo hace propiamente racional. Su necesidad es resultado de su obligado concurso con las otras causas en cada cambio histórico.

⁴¹ *Ibidem*, p. 95

⁴² *Ibidem*, p. 44

⁴³ *Ibidem*, p. 90

El azar ingresa al *corpus* de la causalidad histórica, en primer lugar, porque no todo en la historia se explica por necesidad, tampoco por la pura libertad, sino también por azar. Y en segundo lugar, porque éste “produce efectos” varios, los cuales son, sin más, impredecibles.

De este modo tenemos entonces que la causalidad histórica se explica por la sistematización de estos tres elementos: necesidad, azar y libertad. La historia no se explica, según el autor, cabalmente si se prescinde de uno de estos tres elementos mencionados. La historia es un todo organizado y unido, y la razón de esta unidad se explica por la implicación de estas tres causas y por la indesglorabilidad del tiempo.

Bibliografía

Balandier George, *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales – Elogio de la fecundidad del movimiento*, Versión castellana de Beatriz López, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Nicol Eduardo, *Psicología de la situaciones vitales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989

——— *La idea del hombre*, México, Ed., Stylo, 1946.

——— *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989

——— *La vocación humana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997

——— *Los principios de la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001

——— *La primera teoría de la praxis*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1978

——— *Metafísica de la expresión*, nueva versión, México, Fondo de Cultura Económica, 1974

——— *La idea del hombre*, nueva versión, México, Fondo de Cultura Económica, 2003

——— *La reforma de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994

——— *Crítica de la razón simbólica. La revolución en la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982., primera reimpresión, 2001

——— *Ideas de vario linaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1990

——— *La agonía de Proteo*, México, UNAM, 1990

——— “Palabras de agradecimiento” en, González, Juliana y Sagols, Lizbeth, (eds.), *El ser y la expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990

González Juliana, *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981

González, Rush, *Retorno a la metafísica, entorno a los límites del logos ante el ser*, Eduardo Nicol, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2002

——— “Verdad de hecho y verdad de teoría: acerca de la verdad y los principios de la ciencia en Eduardo Nicol” en, *Ciencia ergo sum*, revista científica multidisciplinaria, Vol. 12 número tres, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2006

Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, México, FCE, 1992

Heráclito, tomado de Rodolfo Mondolfo, *Heráclito*, México, Ed. S. XXI, 1990

Ludovico Geymonat, *Límites actuales de la filosofía de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 1990

Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Madrid, Espasa Calpe, 1971

